

Con motivo de la publicación del más reciente documento del episcopado cubano, compartimos con nuestros lectores el análisis sobre el mismo de dos estudiosos del quehacer de nuestra Iglesia en la sociedad.

# La Iglesia Católica y su misión profética a la luz de la reciente carta pastoral **LA ESPERANZA NO DEFRAUDA**<sup>1</sup>

Por GUSTAVO ANDÚJAR ROBLES

Ante todo, quiero expresar mi agradecimiento al Grupo de Reflexión y Solidaridad Oscar Arnulfo Romero por su amable invitación a participar en este panel sobre el más reciente documento de los Obispos católicos cubanos. Mi agradecimiento también para mis compañeros de panel, y para el público asistente, porque participamos en un evento esencialmente dialogal, que requiere de todos los que estamos aquí una disposición a la discusión, más en el sentido de discutir juntos que en el de discutir, una disposición a dialogar. Creo profundamente en el diálogo como camino de esclarecimiento, de crecimiento, de mejoramiento humano. Pienso, además, que van quedando atrás los tiempos en que todo se planteaba en términos de lucha, de confrontación, de pugnacidad, y que estamos viviendo tiempos nuevos: tiempos de concertación, tiempos de construcción de consensos, tiempos de diálogo.

De ningún modo pretendo que esto implique que estemos abocados a un mundo carente de conflictos. Donde conviven personas, siempre hay conflictos. De lo que se trata es justamente de resolver los conflictos (¿se estudia tanto hoy la “resolución de conflictos”!) y resolverlos de manera diversa a como lo hemos hecho en el pasado: no peleando, sino dialogando. Es así como los conflictos se convierten en ocasiones de construir algo mejor. El que sean inevitables no quiere decir que sean imposibles de resolver.

Por último, al decir que espero que tengamos un diálogo amable y civilizado, de ningún modo quiero decir que espero que tengamos hoy uno de esos supuestos “debates” en los que todos dicen lo mismo, en los que “debatir” se convierte en “batir” los mismos conceptos, los mismos gestos y las mismas palabras para un lado y para el otro, buscando afanosamente cómo decir exactamente lo mismo de modo que suene diferente. No. Espero que el nuestro sea un diá-

logo respetuoso, en primer lugar para con nosotros mismos, y eso requiere autenticidad, requiere que hablemos desde una identidad clara y reconocible, ajena a todo mimetismo. Ese es el auténtico diálogo al que debemos aspirar, siempre novedoso, siempre enriquecedor.

## De qué profetismo hablamos

A continuación, una aclaración: al referirme en estas breves notas a la misión profética de la Iglesia, he querido desmarcarme especialmente de cierto concepto del profetismo, no por extendido menos erróneo, que lo limita, de modo claramente reduccionista, a la mera denuncia.

En realidad, el profetismo, incluso a partir de sus modelos veterotestamentarios, en los que la denuncia es siempre prominente y a veces durísima, abarca acciones y actitudes que rebasan con mucho el marco de la simple denuncia. El término *profeta* se asocia etimológicamente al concepto de *portavoz* o *mensajero*. En el contexto judeocristiano (y también para el Islam), el profeta habla siempre de parte de Dios. Es, en primer lugar, alguien que aporta un testimonio de una experiencia de Dios, que anuncia esa experiencia y que interpreta, y enseña a interpretar, la vida y la historia a la luz de esa experiencia, y que llama a reorientar la propia vida y la vida de la sociedad según los principios que se deducen de esa experiencia. Así, el profetismo une testimonio, anuncio, enseñanza, denuncia y convocación.

Del mismo modo que quiero distanciarme de ese enfoque reduccionista del profetismo como simple denuncia, quiero señalar también críticamente el empeño, igualmente despistado y despistante, por interpretar a la Iglesia en términos predominantemente políticos, considerándola aliada o enemiga, según sus

actuaciones o pronunciamientos nos inclinen a ubicarla en un lado u otro de la confrontación partidista.

La Iglesia, sacramento del mundo, no puede ser ajena a la política, que es consustancial a este, pero solo le corresponde involucrarse en ella al nivel de lo que pudiéramos llamar “Política” con mayúscula, en el sentido de la gestión de la *polis*, manteniéndose al nivel del juicio ético, de los principios éticos que deben regir la búsqueda del bien común. No debe la Iglesia implicarse en esa otra “política” con minúscula, que es la política partidista, relacionada con la adhesión a proyectos políticos específicos y la participación en la lucha por el poder.

Debo aclarar en este punto que la distinción que hago al designar una política “con mayúscula” y la otra “con minúscula” no implica necesariamente un juicio de valor. La política no puede traducirse en resultados manteniéndose exclusivamente en el campo de los principios generales. Solo se pueden obtener resultados concretos en la sociedad si esos principios de la política “con mayúscula” se implementan en programas políticos específicos “con minúscula”.

Lo que quiero destacar aquí es que los católicos pueden compartir plenamente los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, como el destino universal de los bienes, o los principios de solidaridad y subsidiaridad, enmarcados todos en lo que he llamado Política con mayúscula, y diferir radicalmente entre sí en cuanto a las vías concretas para alcanzar el cumplimiento pleno de esos principios, con arreglo a programas políticos (con minúscula), es decir, partidistas, concretos. Un católico español puede militar en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y otro ser militante del Partido Popular (PP). Un católico cubano puede ser miembro del Partido Comunista de Cuba (PCC) y otro ser un opositor. Cada uno de ellos deberá hacer un discernimiento sobre la legitimidad de su opción a la luz del Evangelio, pero ninguna de estas opciones puede ser descartada *a priori*.

La Iglesia jerárquica tiene todo el derecho, e incluso el deber, de criticar o elogiar los pronunciamientos o declaraciones que hacen, en medio del debate político, quienes participan en la lucha, pero no puede legítimamente respaldar a un bando en detrimento del otro, ni mucho menos indicar a los fieles en qué partido militar, o por cuál candidato votar en las elecciones. Por supuesto que no ignoro que las actuaciones históricas concretas de la Iglesia no han seguido siempre estos principios, pero me gusta pensar que a esta altura ya hemos aprendido que cuando la Iglesia jerárquica se ha aliado con alguna facción política, los resultados han sido catastróficos para su acción pastoral.

#### **La carta pastoral *La esperanza no defrauda***

*La esperanza no defrauda* se publica al cumplirse 20 años de *El amor todo lo espera*. Como esta,

aparece en momentos difíciles para la nación (si bien en una medida radicalmente diferente), mientras están ocurriendo cambios situacionales importantes, y cuando hay un sentimiento muy generalizado de desconcierto en la población. Muchos (sobre todo los jóvenes, a menudo los más activos y emprendedores) emigran, y tanto, que ese movimiento migratorio influye significativamente en el constante envejecimiento de la población y, en los últimos años, en su decrecimiento numérico.

No es de extrañar, pues, que la carta se proponga precisamente alentar la esperanza de los cubanos.

Consta de 43 párrafos, divididos en 13 secciones. Después de una muy breve sección con un saludo inicial, las 5 secciones siguientes presentan signos de esperanza en nuestra actualidad y nuestra historia reciente: la devoción a la Virgen de la Caridad, las visitas de Juan Pablo II y Benedicto XVI, las enseñanzas de la Iglesia, el sentido de justicia distributiva de nuestro pueblo y su irrenunciable aspiración a mayores márgenes de libertad, y los importantes cambios realizados en el ordenamiento social. Las 6 secciones siguientes indican cambios que sería importante realizar o profundizar para aumentar la esperanza del pueblo: la superación de la pobreza, la apertura de mayores espacios para la realización personal y el debate político, la promoción de un amplio diálogo nacional, la consolidación de nuestra integración latinoamericana y la resolución del diferendo con EE.UU., y la reversión del proceso de deterioro social y antropológico sufrido por los cubanos, en especial por la familia y los jóvenes. En su breve sección final, titulada “La Virgen María, Madre de la Esperanza”, los Obispos piden la protección de la Virgen de la Caridad y hacen una solemne declaración de la esperanza cristiana como asiento de toda esperanza humana.

#### **Profetismo en la carta pastoral de los Obispos**

*La esperanza no defrauda* es un documento perfectamente consecuente con la línea mantenida por el episcopado cubano en sus cartas pastorales y mensajes. Es un mensaje de contenido esencialmente religioso, pero con una religiosidad profundamente encarnada. No podría ser de otro modo un mensaje cristiano, porque el cristiano no se salva en solitario. Está dirigida a “los sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, a los fieles laicos y a todos los cubanos”, porque el ministerio pastoral de los Obispos abarca a todas las personas de sus diócesis, y no exclusivamente a los católicos. Su contenido y estilo responde a las notas que señalamos anteriormente como esencialmente proféticas: es un documento magisterial, de quien enseña, y lo hace a partir de la experiencia de la comunidad cristiana, experiencia de Dios presente y actuante en su pueblo. Anuncia, de parte de ese Dios, una esperanza que no se asienta en puras expectati-

vas humanas, pero que no excluye los signos de los tiempos ni la previsión de las acciones a emprender para construir el Reino “que ya está entre nosotros”. Denuncia lo que nos aleja del designio salvador de Dios, pero lo hace a la vez con claridad y suavidad, sin ambages ni estridencias. El lenguaje profético del cristiano no puede ser el atronador y amenazante de los profetas del Antiguo Testamento, porque después de Jesús, la búsqueda de la justicia es inseparable del ejercicio de la misericordia. Es el lenguaje de la invitación y la exhortación, nunca de la imposición o la coerción. Apela a que busquemos claves de solución a nuestros problemas recurriendo siempre a lo mejor de nosotros mismos.

La carta parte, por eso, de presentarnos los caminos y signos de esperanza que se dan entre nosotros. No es una ilusión, es lo que hemos visto y oído. Es María del Cobre, capaz de movilizar con su sola presencia a millones de sus hijos, que acudieron a recibirla, a celebrarla, a pedirle. Cuando se pide con la fe que los cubanos le pidieron a su madre, durante el recorrido de su bendita imagen, es que hay esperanza. Ha sido también manifestación de esperanza la respuesta popular a las visitas de Juan Pablo II y Benedicto XVI. Hay esperanza en la presencia obrante de la Iglesia en medio de su pueblo. Hay esperanza en el profundo sentido de justicia de los cubanos y en su probada capacidad de salir adelante a pesar de las dificultades. Hay esperanza en la forma en que los cubanos reciben los positivos cambios que se van produciendo, y en la respuesta de muchos que aprovechan los nuevos espacios para tratar de labrarse un futuro.

Pero la esperanza busca también encontrar asiento firme, y faltan ciertamente algunas de esas bases seguras. Los Obispos señalan algunos de los cambios imprescindibles para aumentar la esperanza de los cubanos. El primero, la superación de la pobreza, “tan extendida todavía en nuestro país”. Formas de pobreza “que afectan a las personas más vulnerables y desamparadas, aun cuando existe una preocupación social por atender a quienes afrontan esta situación”. Viene a la mente la situación de tantas personas que viven en viviendas precarias, en nuestro país azotado cada cierto tiempo por huracanes. No se trata tanto de dar solución a esta situación desde el Estado (¡ojalá fuese así de fácil!) como de ampliar los espacios para que la gente pueda aumentar su protagonismo en la gestión de su vida. Esto está vinculado con las posibilidades de realización personal, de tener un proyecto de vida, compatible con el proyecto social, pero que vaya más allá de un disolverse la persona en el proyecto social.

No temen los Obispos, porque lo hacen desde el más genuino ánimo de servicio, el abordar temas todavía no abiertamente tratados en la sociedad cubana, como la necesidad de modificaciones en el orden

político, y la necesidad de un auténtico diálogo —no exclusivamente político, pero también político— que abarque a todos los cubanos.

No es casual que la carta aborde al final dos sectores tan cercanos al corazón de la Iglesia: la familia “escuela de humanidad” y transmisora de valores, y los jóvenes, a los que Varela llamara “dulce esperanza de la Patria”. Animan los Obispos a ir a la raíz de los problemas, atendiendo más a los procesos educativos, que pueden sanar en profundidad, que a medidas de exigencia y disciplina, necesarias pero insuficientes.

El lenguaje profético, cuando es auténtico, es siempre inquietante y puede incluso percibirse como hostil. Así pasó antes con *El amor todo lo espera*, no pocos de cuyos señalamientos, originalmente rechazados con un lenguaje durísimo, fueron finalmente reconocidos como justos, hasta el punto de haberse llevado no pocos de ellos a vías de hecho. Así ha pasado en algunos ambientes con *La esperanza no defrauda*, aunque sin alcanzar los extremos de rispidez de 1993. Ante tales dificultades en la recepción de conceptos y propuestas percibidos ahora como discutibles y aun rechazables, solamente la vida y los hechos demostrarán el ánimo limpio con el que se presentan por parte de una Iglesia que, fiel en el seguimiento de su Maestro, asume sin temor su vocación profética buscando, como Él, no ser servida, sino servir.

<sup>1</sup>Ponencia leída en el Foro Permanente del Grupo de Reflexión y Solidaridad Oscar Arnulfo Romero, del 17 de octubre de 2013, dedicado al tema: “A propósito de la carta pastoral de los obispos cubanos *La esperanza no defrauda* y la equidad social en Cuba. Signos de esperanza, omisiones y decepciones.”